

LA POBLACION DE BILBAO: 1800-1870

ARTURO RAFAEL ORTEGA BERRRUGUETE

INTRODUCCION

Pretendemos abordar en este resumen, necesariamente breve, el problema de las transformaciones demográficas experimentadas en Bilbao y su entorno a lo largo de los dos primeros tercios del siglo XIX. Al ser un ámbito cronológico y espacial rico en contrastes, cambios y transiciones —la crisis del Antiguo Régimen y los avances de la Industrialización pueden ser los más trascendentales—, la cuestión de las interrelaciones demografía/estructura social será el auténtico hilo conductor del estudio.

Respecto a la evolución económica, a grandes rasgos, podemos decir que durante este periodo Bilbao va a pasar de ser un centro fundamentalmente mercantil y redistribuidor a convertirse en núcleo rector de una importante área productora industrial; nótese que hemos dicho «núcleo rector» y no centro directamente productivo, por cuanto las industrias y sus trabajadores van a situarse fuera de la jurisdicción de Bilbao, especialmente en la orilla izquierda de la Ría —Barakaldo y Sestao— y en los municipios colindantes con la capital —Abando y Begoña—; éstos últimos significativamente serán absorbidos por la jurisdicción de la Villa en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX. Como veremos más adelante, la dinámica espacial y los comportamientos diferenciales por áreas son básicos para comprender el funcionamiento demográfico y social de la zona.

Por otra parte, creemos que el siglo XIX dista mucho de ofrecer unas características uniformes en lo que a nuestro tema respecta; por ello parece absolutamente necesario plantear ya de entrada una parcelación de la centuria. En base a argumentos demográficos y económicos —sociales, en definitiva— nos inclinamos por una división tripartita, que a grandes rasgos podría ser ejemplificada por las siguientes fechas: 1793-1839, 1839-1876 y 1876-1914. Se puede apreciar que las fechas-frontera coinciden con acontecimientos bélicos (la Guerra de la Convención, las dos Carlistadas y la Primera Guerra Mundial). No pretendemos con ello resaltar la incidencia que estos conflictos armados pudieron tener sobre la población objeto de estudio; sim-

plemente son fechas significativas, pero más por marcar hitos en la evolución socio-económica de nuestra zona que por evocarnos acontecimientos bélicos, que si bien tienen una traducción demográfica evidente, deben quedar supeditados al análisis infraestructural, que en definitiva nos marca los cambios poblacionales profundos, en los que pretendemos centrar nuestra atención.

Toda la evolución secular puede resumirse en un cambio radical del modelo demográfico imperante en nuestra zona. Vamos a plantearlo a continuación.

¿REVOLUCION DEMOGRAFICA O CAMBIO DE MODELO?

Las características esenciales de la demografía vasca durante el Antiguo Régimen podrían ser resumidas en dos: por un lado, observamos unas bajas tasas de natalidad y mortalidad, que escasamente —y no siempre— superan el 30‰, y, por otro, en consonancia con lo anterior, nos encontramos ante una «demografía socialmente autofrenada», que opta en el XVIII por renunciar al incremento en el número de sus habitantes en aras de mantener unos niveles de vida comparativamente elevados, que quedan de manifiesto al observar la menor incidencia de la muerte en el País Vasco Húmedo en relación con los indicadores habituales en la generalidad de Europa¹.

Además, debemos reseñar que este freno al crecimiento es atribuible en nuestro territorio a lo que Malthus denominaba «obstáculos preventivos», es decir, mecanismos de recorte de la fecundidad —tales como la elevada edad al matrimonio, el extendido celibato, los amplios intervalos proto e intergenésicos, etc.—, atemperando de esta manera la acción de los «obstáculos positivos» —la muerte— como último regulador del inquebrantable binomio población/recursos².

Ahora bien, en el XIX —y de forma muy clara a partir de los años 40— este panorama va a cambiar radicalmente. Como iremos viendo a lo largo de este resumen, el modelo poblacional del Ochocientos bilbaíno viene marcado por dos características reveladoras en grado sumo: un crecimiento acelerado del número de habitantes, y un retroceso claro en los indicadores del nivel de vida del conjunto de la población, patentizado por el incremento de incidencia de la muerte en todos los tramos de edad.

Aunque dejemos para más adelante el análisis de estas dos características, sí puede ser importante avanzar que aún no nos encontramos en estas

(1) URRUTIKOETXEA, J.: «Demografía Vasca en el siglo XVIII» en *Historia del País Vasco (Siglo XVIII)*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1985, pp. 93-128, especialmente pp. 119-120 y 126-128.

ORTEGA, A.R.: «Un modelo de población socialmente autofrenada: la Vizcaya Oriental en el siglo XVIII», *Ernaoia. Revista de Historia de Euskal Herria*, n.º 3, Bilbao, 1986, pp. 47-93, especialmente pp. 78-83.

(2) ORTEGA, A.R.: «Familia y nupcialidad en el País Vasco Húmedo afines de la Edad Moderna» en *I Congrès Hispano Luso Italià de Demografia Històrica*, Barcelona, 1987.

fechas con lo que se ha venido en llamar «Revolución Demográfica», pues las diversas variables analizadas indican más bien un retroceso en los compartamientos poblacionales si nos atenemos a los patrones standard de transición de la demografía de Antiguo Régimen a la propia de las sociedades industrializadas contemporáneas. En los primeros dos tercios del XIX lo que ciertamente apreciamos es un cambio en el modelo de desarrollo, cambio al que por supuesto no son ajenas las transformaciones de la estructura económica y la propia correlación de fuerzas entre las diversas clases sociales. Se puede decir que pasamos de una demografía planificada en función del consumo, en la que las disponibilidades alimenticias son el regulador último, a otra en la que el factor producción es dominante, planificándose el modelo poblacional de acuerdo a las necesidades de fuerza de trabajo. Vamos a ir viendo la incidencia de estos factores sobre las diversas variables demográficas.

ESTRUCTURA DE LA POBLACION

El primer indicador llamativo en lo que a estructura de la población se refiere es la Tasa de Masculinidad. Ciñéndonos a Bilbao exclusivamente, observamos que presenta unos coeficientes bajísimos, en torno a 80 hombres por cada 100 mujeres; de hecho, según el Censo de 1877 de las 49 capitales de provincia españolas tan sólo 3 presentan un ratio menor³. ¿A qué atribuir el fenómeno? El resto de las ciudades con tasas similares están situadas en áreas de fuerte emigración masculina —Galicia, Canarias, zonas deprimidas de la Meseta—; es claro que éste no es el caso de Bilbao. En nuestra Villa se produce el fenómeno inverso, es decir, la escasez comparativa de hombres se debe a una inmigración muy importante de mujeres, que vienen a la ciudad para trabajar en determinado tipo de talleres y, sobre todo, como servicio doméstico.

Por contra, en las localidades del entorno se observa un comportamiento radicalmente distinto, existiendo unas tasas de masculinidad mucho más elevadas —incluso superiores a 100— consecuencia, por una parte, de esa afluencia de mujeres jóvenes a Bilbao precisamente desde estos núcleos cercanos, y por otra, de la llegada de inmigrantes foráneos —en su mayoría hombres— a trabajar en las industrias recientemente establecidas. A lo largo del siglo la tendencia se va a incrementar, y si durante los primeros tres cuartos era dominante el primer factor, a partir de la industrialización acelerada de los años 80 el establecimiento masivo de inmigrantes en las localidades cercanas a Bilbao va a dar como resultado la existencia de un mayor número de hombres que de mujeres, sobre todo en las edades intermedias.

Observamos cómo los indicadores demográficos de Bilbao —núcleo rector y beneficiario del proceso industrializador— son fundamentalmente dis-

(3) GOMEZ, G.: *Cómo se vive y cómo se muere en Bilbao. Reseña demográfica de la I. Villa*, Bilbao, 1896, pp. 17-19.

tintos de los obtenidos en las localidades de su entorno —en las que están instaladas las bases productivas y el componente humano que permite la expansión económica del área—.

Si atendemos ahora a la composición por edades de la población observaremos un fenómeno capital: la baja edad media del conjunto y, además, una clara tendencia al rejuvenecimiento de la población a lo largo del siglo. Si en 1860 la edad media del total de los bilbaínos era sólo de 28.3 años, en 1887 la cifra ha bajado a 27.2, siendo aún menor en las localidades cercanas afectadas por la industrialización. Ahora bien, esto es sólo un indicador muy elemental, y debemos acudir al análisis de las pirámides de población para matizar el fenómeno.

El mencionado estudio ratifica plenamente la opinión primera, puesto que a lo largo del siglo las pirámides de edad tienden a mostrar una triangularidad mayor: la base se ensancha, se hace más pronunciando el abombamiento correspondiente a las edades jóvenes y la cúpula se reduce aún más. Atribuimos lo anterior a factores endógenos y exógenos, tales como un incremento de la natalidad, disminución de la esperanza de vida, aumento de la mortalidad infantil y juvenil, disminución lógica del número de personas que alcanzan edades avanzadas y crecimiento de la inmigración de mujeres jóvenes a Bilbao y hombres a su entorno. Por ejemplo, si tomamos el caso de la Villa, observamos cómo en 1869 las personas mayores de 40 años suponían el 27% de la población total, cifra que es sólo el 13.7% en 1887.

Esta evolución de la composición por edades se aparta radicalmente del modelo teórico establecido para la transición demográfica del Antiguo Régimen a la Sociedad Industrial; de hecho apreciamos una profundización de las características que definían a las poblaciones antiguas, aunque dentro de un marco demográfico general claramente distinto, pues ha desaparecido esa tendencia a la estabilidad de los efectivos que caracterizaba al modelo anterior.

Como hipótesis, pensamos que existe, al menos en nuestro caso, una relación inversamente proporcional entre edad media de las poblaciones y nivel social de las mismas, traduciéndose la degradación de los niveles de vida en una mayor triangularidad de las pirámides a través del aumento de la natalidad y la mortalidad. Efectivamente, el Padrón Municipal de Bilbao de 1869 desglosa la población en tres barrios de contenido social notoriamente distinto; pues bien, el Sector 1.º (Parroquia de San Antón y barrio de Allende el Puente), único de la capital en que se asienta la población obrera de forma masiva, presenta una pirámide marcada por una base muy ancha y una cúspide estrechísima, características mucho más atemperadas en los otros dos sectores, que, por contra, tienen una notable superpoblación de sexo femenino en las edades jóvenes —sin duda sirvientas en las casas pudientes de la zona— y en los que se aprecian ya los primeros síntomas de transición demográfica, con reducción de las tasas de natalidad y mortalidad y aumento porcentual del peso de la población adulta respecto a la infantil.

Así pues, las dos características esenciales de la estructura de la población bilbaína del XIX —edad media global muy baja y desequilibrio de sexos en la juventud— tienen una interpretación abiertamente socio-económica, y varían de forma notable según el nivel de vida de las sub-zonas analizadas.

De todas formas, apreciamos ya los primeros síntomas de lo que podemos definir como un modelo poblacional distorsionado, que presenta auténticas anomalías funcionales, de clara incidencia sobre la psicología de masas de nuestra población. Piénsese, por ejemplo, en la problemática demográfica y humana del barrio de San Nicolás-Arenal, en el que la proporción entre hombres y mujeres jóvenes llega a ser de 1 a 3 a mediados de siglo.

CRECIMIENTO DE LA POBLACION: RITMOS Y FACTORES

Apuntábamos anteriormente que si en algo difería radicalmente nuestro modelo del de Antiguo Régimen era en el fuerte crecimiento que experimenta la población de Bilbao y su entorno durante el siglo XIX, abiertamente contrario a la tendencia a la estabilidad de las poblaciones antiguas. Vamos a dedicar un momento al estudio de este crecimiento, sus ritmos, factores y comportamientos diferenciales. En base a los distintos censos y recuentos de población hemos elaborado el siguiente cuadro:

NUMERO DE HABITANTES⁴

Años	Total	Bilbao	Abando	Begoña
1797	14.699	10.943	2.179	1.577
* 1810	14.654	9.975	2.736	1.943
1825		12.159		
** 1826	16.350	11.900	2.880	1.570
1860	27.583	17.969	5.079	4.535
1869		18.417		
----- 1870: ANEXION PARCIAL DE ABANDO Y BEGOÑA -----				
1877	37.250	32.734	2.639	1.867
1887	57.481	50.772	4.047	2.662
----- 1890: ANEXION DEFINITIVA DE ABANDO -----				
1897	79.436	74.093		5.343
1900	89.108	83.306		5.802

(* Recuentos claramente defectuosos por infravaloración del número de habitantes)

A partir de las cifras consideradas más fiables, para el conjunto del área hemos obtenido una Tasa de Crecimiento Anual (r) del 1.76% en todo el si-

(4) UNDA, P. y ORTEGA, A.R.: «El crecimiento de la población de Bilbao en el siglo XIX: ritmos, factores y comportamientos diferenciales», *Ernaoia. Revista de Historia de Euskal Herria*, n.º 1, Bilbao, 1985, p. 173; sobre la fiabilidad de cada recuento y el tratamiento metodológico y estadístico de los datos, véase pp. 170-179.

glo, aumento ciertamente muy considerable. De todas formas, resulta absolutamente necesario parcelar la centuria. Además, combinado los datos anteriores con las series continuas que proporcionan los Libros Sacramentales podemos realizar una aproximación al problema.

Como hipótesis consideramos la existencia en nuestra zona de tres períodos diferentes a lo largo del siglo, caracterizados por distintos ritmos de crecimiento de la población y por cambios sustanciales en la estructura económica.

La etapa inicial abarcaría hasta los años 30 y viene marcada por un lento desarrollo de las fuerzas productivas en comparación con lo que está aconteciendo en algunas zonas de Europa; el crecimiento de la población se cifraría en el 1% anual. En concreto, tras el estancamiento producido en los primeros 15 años —vinculado con la coyuntura regresiva y de guerra que sufre la casi totalidad de Europa—, observamos el primer ciclo completo, cuya fase alcista viene a finalizar en torno a 1825, para iniciar una clara caída a partir de ese momento, alcanzando su punto más bajo al final de la Primera Guerra Carlista (1839). Hasta aquí parece que la adecuación de la coyuntura bilbaína y la rural en conjunto es clara, lo cual no debe estrañarnos, habida cuenta el papel fundamentalmente redistribuidor que aún cumple la ciudad; cosa diferente será cuando, andando el tiempo, pase ésta a ser centro rector de una economía productora, en base al proceso industrializador fundamentalmente.

La segunda etapa cubriría el período comprendido entre los años 40 y la Segunda Guerra Carlista (1872-76). Está caracterizada por los primeros logros significativos de la Revolución Industrial⁵, suficientemente importantes ya como para incidir en la tasa de crecimiento de la población que en estos años es del 1.78%) notablemente más alta que en el período anterior, y, creemos, ya marcada por la incidencia de una inmigración importante, pues el crecimiento natural o saldo vegetativo, habida cuenta la elevada tasa de mortalidad de estos años, no bastaría para explicar este aumento.

A partir del fin de la Segunda Guerra Carlista todas las tendencias antes apuntadas experimentan una aceleración evidente. El proceso industrializador comienza a requerir el empleo de mano de obra en grandes cantidades, y va a ser la inmigración —primeramente intraprovincial y en seguida de procedencia externa— la que proporcione esos contingentes ya masivos de trabajadores. Estamos convencidos de que en este último cuarto de siglo se registra un empeoramiento de las condiciones de vida, claramente reflejado en el aumento de la Tasa Bruta de Mortalidad y en la disminución de la Esperanza de Vida, hasta tal punto que el saldo vegetativo presenta carácter negativo, por lo que sólo la fortísima inmigración explica estos crecimientos. La población de los tres municipios estudiados se multiplica por 2.4 entre 1877 y 1900, registrándose una Tasa de Crecimiento Anual de 3.86%) por-

(5) AGIRREAZKUENAGA, J.: «Bizkaiko industriagintza XIX menderdian (1816-1870) pro-
toindustrializazioaren azkena eta iraultza industrialaren hastapenetan», *Eusko Ikaskuntza/Sociedad de Estudios Vascos. Cuadernos de Sección: Historia*, n.º 4, 1984, pp. 120-137.

centaje impresionante, equiparable al que experimentan las regiones europeas más favorecidas —o castigadas— por la industrialización.

Por otra parte, es de interés señalar que si bien las dos guerras carlistas suponen el punto más bajo de sendos ciclos, no se les puede atribuir a ellas en exclusiva esos estancamientos o regresiones en el volumen de la población; en ambos casos la caída había comenzado cerca de diez años antes, representando las contiendas solamente los momentos más críticos de un proceso. La explicación de estas «fases B» deberíamos buscarla en las sucesivas transiciones, anquilosamientos y distorsiones que sufre el conjunto de la estructura económica y, por ende, la sociedad en general. Si analizásemos desde un perspectiva más global esa crisis de crecimiento, sin duda entenderíamos mejor las dos contiendas civiles, que en el fondo son manifestaciones importantes, pero puntuales al fin y al cabo, de los conflictos que acarrea la transición al capitalismo industrial y la desintegración del modelo socio-económico vigente en el País Vasco hasta el momento.

Las series demográficas continuas, en especial las de bautizados —corrigiendo las tasas de natalidad— permiten analizar los comportamientos diferenciales de cada una de las seis parroquias que integran nuestra zona, cuatro correspondientes al casco urbano de Bilbao y dos a los municipios adyacentes, Abando y Begoña. Esto nos lleva a establecer diferencias espaciales interesantes, habida cuenta la especificidad social de las áreas adscritas a cada parroquia.

Por lo que a Bilbao respecta, el crecimiento es inversamente proporcional al nivel económico de los habitantes de cada zona, oscilando entre el 1.01% anual para la parroquia obrera de San Antón y el 0.52 para la oligárquica San Nicolás. De esta forma, las parroquias más «acomodadas» van a ver cómo el peso relativo de la población a ellas adscrita disminuye respecto del total de la Villa, produciéndose un auténtico transvase del peso demográfico desde la zona Norte del casco urbano —San Nicolás y Santiago— hacia el Sur y las áreas periféricas —bajo jurisdicción de San Antón y los Santos Juanes—. Estas dos últimas parroquias a comienzos de siglo agrupaban al 48% de la población de Bilbao, porcentaje que en 1900 ha subido al 57%.

Como luego veremos, el crecimiento demográfico de la Villa parece basarse fundamentalmente en la arribada de un considerable número de inmigrantes, en su mayoría de baja condición social, atraídos por la oferta de puestos de trabajo que el proceso industrializador está generando, bien directamente en fábricas y talleres, o bien en actividades paralelas, originadas o relanzadas por este proceso. Estas personas, en su inmensa mayoría, van a fijar su residencia en las zonas «marginales» de la capital, comprendidas todas ellas en las parroquias de San Antón y los Santos Juanes.

Además, a partir del último cuarto de siglo, muchas familias acomodadas de la Villa van a trasladar su residencia desde el Casco Viejo bilbaíno hacia las nuevas edificaciones del Ensanche levantado en terrenos de Abando, por lo que las parroquias que encuadran a la población más «favorecida», funda-

mentalmente San Nicolás, van a perder una parte de su población, que en conjunto crece de forma muy moderada.

Respecto a las dos localidades vecinas podemos decir que hasta los años 50 predomina en ellas la tendencia al estancamiento, con un crecimiento menor al de Bilbao. Será a partir de esa década cuando la población comience a aumentar de forma importante; desde el final de la Segunda Guerra Carlista (1876) se producen los incrementos espectaculares —con Tasas de Crecimiento Anual del 6.87% en Abando y del 4.80% en Begoña— de la mano del cambio radical que experimenta la estructura productiva y de las modificaciones urbanísticas que harán de Abando el nuevo núcleo rector de toda la capital vizcaína. El motivo fundamental hay que buscarlo en la llegada masiva de inmigrantes y en los problemas de sobre-saturación del espacio habitable que crónicamente sufre el núcleo de Bilbao; así las cosas, va a ser muy importante el número de personas que se instalen en los barrios aledaños a la capital dependientes de la jurisdicción de las dos localidades vecinas. A esto habrá que añadir las enormes posibilidades que el Ensanche ofrece para la instalación de grupos acomodados.

Observamos, así pues, un crecimiento socialmente determinado ya desde sus causas, puesto que los ritmos demográficos dibujan perfectamente las diversas fases de lo que se ha venido en llamar Revolución Industrial, y parecen ser la necesidades de mano de obra —tanto especializada como sin cualificar— las que marcan en cada etapa el movimiento de la población, alterando las diversas variables que inciden sobre éste. Incluso podemos afirmar que la estructura de clases determina abiertamente la ocupación del suelo. La ciudad presenta una distribución espacial socialmente condicionada; las diversas zonas se jerarquizan de acuerdo con el nivel económico de sus habitantes, obedeciendo los crecimientos y redistribuciones de la población entre las distintas áreas a causas claramente vinculadas con el proceso industrializador, que va a cambiar la realidad urbanística de la capital al tiempo que varían las estructuras sociales imperantes en la misma.

DINAMICA DEMOGRAFICA

Podemos plantearnos ahora los factores que originan estos crecimientos diferenciales. Nos referimos a factores puramente demográficos; será tarea posterior, que rebasa los objetivos de este resumen, el establecimiento de las causas últimas —económicas y sociales— de esta evolución.

—Tras calcular las Tasas de Crecimiento Natural o Vegetativo -saldo entre nacimientos y defunciones-, constatamos cómo éste va disminuyendo claramente a lo largo del siglo, en abierta contradicción con lo establecido para el crecimiento real. Causa de ese fenómeno es la impresionante mortalidad que se registra en la segunda mitad de la centuria, con esperanzas de vida inferiores a los 20 años y mortalidades de «párvulos» —niños menores de 10 años— que alcanzan el 60%. Ante una realidad semejante resulta ab-

solamente imposible que una población crezca, y más a los ritmos espectaculares que hemos apuntado, por más que, bien es verdad, la tasa de natalidad experimente un levísimo incremento⁶.

Vamos a detenernos un momento en la consideración de la mortalidad, debido a que ella marca una de las características esenciales de la demografía bilbaína del XIX. Más interés que la Tasa Bruta creemos que tiene la composición por edades de esta variable, atendiendo a indicadores tales como la Esperanza de Vida o la «Mortalidad de Párvulos», que nos proporcionan pautas interesantes para comprender tanto el impacto de la muerte sobre el colectivo estudiado y su evolución en el tiempo, como las posibilidades de esa población para reproducirse e incrementar su volumen en base a la sola dinámica natural o vegetativa.

Respecto a la Esperanza de Vida podemos decir que a lo largo de la centuria disminuye de manera patente, siendo además este retroceso mucho mayor, como era de esperar, en las zonas «humildes» de Bilbao. Así, en la parroquia de San Antón pasamos de una edad media al morir de 23.4 años para la década de 1820-30 a 19.6 en 1880-90; este fenómeno es aún más llamativo en los dos municipios colindantes, en los que, tomando los mismos períodos, las cifras son 27.1 a 22.5 para Begoña, y 31.8 a 20.4 para Abando; estas dos parroquias, que hasta mediados de siglo presentaban una estructura netamente rural y de Antiguo Régimen van a experimentar con especial crudeza la transformación socio-económica reseñada.

Estas caídas son extraordinariamente reveladoras; no olvidemos que la Esperanza de Vida es un gran indicador de los niveles sociales y de bienestar de una población, por lo que el fenómeno anterior nos habla bien a las claras de cuestiones tales como los costos humanos y sociales del «progreso», en este caso, vehiculado a través de la industrialización.

Idéntico comportamiento regresivo observamos en lo que atañe a la mortalidad infantil y de párvulos, que llega a alcanzar en la penúltima década del siglo niveles tan increíbles como el 63.3% para San Antón, el 58.1 en Begoña y el 60.8 en Abando. Quiere decir lo anterior que de cada 10 niños nacidos, en torno a 4 nada más llegarán a superar los 9 años de vida. El fenómeno no escapó a la observación del estadístico Gumersindo Gómez, padre de la demografía científica vasca, quien en 1895 escribía con toda contundencia: «Todas (las cifras) acusan a nuestra villa como asesina de la infancia.. El término podrá ser duro, pero su exactitud es incontestable»⁷.

(6) Para un breve resumen sobre los factores demográficos de este crecimiento puede consultarse UNDA, P. y ORTEGA, A.R.: art. cit., pp. 193-200.

(7) GÓMEZ, G.: *Op. cit.*, pp. 114. Prosigue el autor diciendo: «Esta situación es insostenible: los elementos que mañana habrían de constituir la población de Bilbao, se malogran en su mayor parte sin llegar a dar otro fruto que desolación y empobrecimiento, cuando pudieran ser llamados a engrandecer y fomentar la prosperidad del pueblo que les vio nacer y les dejó morir con la misma indiferencia». Olvida Gómez, y no podía ser de otra manera habida cuenta su lógica mentalidad desarrollista y burguesa, que la causa última de esa realidad que tanto le conmueve es precisamente el descontrolado afán de «prosperidad», la forma que el desarrollo, vía Revolución Industrial y libre capitalismo, adquirió en Bilbao y su entorno. Esta modalidad de progreso pasa ineludiblemente sus facturas, y una de las más dolorosas es la mortalidad infantil.

El mismo autor concluía, tras haber analizado con loable detenimiento una larga serie de indicadores, que entre todas las ciudades europeas, tan sólo San Petersburgo presentaba a fines de siglo una situación peor que Bilbao en lo que a mortalidad se refiere⁸.

Con los indicadores anteriores fácilmente se comprenderá la imposibilidad de que esta población experimente un crecimiento, siquiera moderado, en base al puro movimiento natural o vegetativo; de hecho, las Tasas de Reemplazo a menudo son negativas, por lo que resulta imposible que las nuevas generaciones sustituyan de forma plena a las precedentes. Esto hubiera ocurrido, sin duda, en el Bilbao del XIX si nos atenemos alas cifras anteriores. Ahora bien, ¿por qué no se produjo tal fenómeno? ¿por qué las Tasas de Crecimiento real se disparan, y de manera especial lo hacen en aquellas zonas más «humildes», especialmente golpeadas por la mortalidad?

La explicación es evidente. Bilbao y su entorno ven incrementar su población debido principalísimamente a un saldo migratorio positivo muy fuerte, en especial durante la segunda mitad de siglo, y con clara tendencia a incrementarse a partir de la década de los 80, etapa, precisamente, en la que debido a la acción estructural de la mortalidad —no a meras crisis, que son prácticamente inexistentes— la población, por el puro funcionamiento vegetativo o natural, tendería a disminuir.

Cada vez estamos más convencidos de la enorme importancia que la inmigración tuvo para el XIX bilbaíno. Por difícil que resulte cuantificarla en base alas escasas fuentes de sencillo manejo a que solemos recurrir, sí habría que ponderarla cuando menos cualitativamente, pues, insistimos, prescindiendo de este factor —o minusvalorándolo— resultará imposible comprender el funcionamiento de la demografía vasca del Ochocientos, incluso a niveles tan simples como los aquí analizados.

El proceso industrializador fue posible, entre otras causas, por supuesto, gracias a la situación del agro español, que estaba llamado a expulsar de su seno grandes contingentes de mano de obra, que a la desesperada acudirían a los nuevos núcleos de desarrollo, articulados ahora en base a actividades productivas y distributivas diferentes. La historia —y las penalidades— de esa enorme masa social han sido descritas y estudiadas con cierta profusión⁹; de todas formas, el problema está dibujado con las «escandalosas» cifras de Esperanza de Vida o de Mortalidad de Párvulos antes avanzadas, y, quizá, más aún, con clara tendencia de estos indicadores a reflejar un empeoramiento general a lo largo de la centuria.

(8) GOMEZ, G.: *Op. cit.*, pp. 83.

(9) Sobre esta cuestión, y acerca de las «enfermedades sociales» en particular, se pueden consultar: GONZALEZ PORTILLA, M.: «Los orígenes de la sociedad capitalista en el País Vasco. transformaciones económicas y sociales en Vizcaya», *Saioak*, n.º 1, pp. 113-123; y SOLOZABAL, J.J.: *El Primer Nacionalismo Vasco*, Madrid, 1975, pp. 56-59.

Entre los médicos del XIX preocupados y comprometidos destacamos: ECHEVARRIA, M. de: *Higienización de Bilbao*, Bilbao, 1894.

CONCLUSIONES

Antes de finalizar quisiéramos hacer un recordatorio de las características que consideramos esenciales en la población de Bilbao y su entorno durante el siglo XIX.

Pensamos, primeramente, que el motor fundamental de todo el proceso de cambio demográfico hay que buscarlo en la transformación que experimenta Bilbao, pasando de ser una ciudad básicamente mercantil y redistribuidora a erigirse en centro rector de una economía productora, a través de la denominada Revolución Industrial.

Ahora bien, no debemos creer que este proceso y sus consecuencias demográficas se produjeron de forma uniforme en toda el área estudiada. Podemos decir que las transformaciones se extienden en círculos concéntricos en torno a dos núcleos esenciales: la propia capital y la orilla izquierda de la Ría. De todas formas, Bilbao es indiscutiblemente el centro rector y, quizá por eso, la población que más a salvo queda de las consecuencias negativas del proceso.

La capital planifica perfectamente el desarrollo de todo su entorno espacial, reservándose para ella exclusivamente el papel de director, y arrojando sobre el resto de las localidades vecinas las funciones más ingratas, como el establecimiento de las industrias en su suelo y la acogida de las masas de inmigrantes, aún cuando no existiese la mínima infraestructura urbanística para ello. Incluso dentro de la misma Villa se produce una clara jerarquización de zonas y barrios, muy marcados por la diferente adscripción social de sus habitantes, y se segrega todo el sector Sur, que queda equiparado de esta forma al resto de las áreas obreras que circunvalan la capital.

Presenciamos un comportamiento exclusivista y de dominación de la ciudad —mejor, de sus clases dirigentes— sobre su entorno, que tiene su lógica traducción en los comportamientos demográficos diferenciales según la composición social de las distintas parroquias.

Así pues, proceso industrializador, deterioro general de las condiciones de vida en la zona —acompañado de un reforzamiento de la jerarquización social— y gran volumen del flujo inmigratorio, son factores sin los cuales no podremos entender plenamente la demografía bilbaína del XIX, así como tampoco la problemática social e, incluso, política del momento.

De hecho, estamos convencidos de que la crisis última de un modo de vida tradicional —sumado a la importante masa de inmigrantes recién arribados— está en estrecha relación con el proceso industrializador, que, a su vez, se vincula con ese deterioro general de los niveles de vida y con una profunda crisis de identidad-manifestada tanto en lo político como en lo cultural— por la que va a atravesar cierto sector de la pequeña burguesía vasca. A partir de ello resulta más fácil comprender, en su verdadero significado, algunos componentes xenófobos del primer aranismo; otro tanto cabría decir de la radical falta de sensibilidad del movimiento obrero y socialista clási-

co ante la problemática nacional vasca. Y de hecho, hasta hace bien poco estas dos corrientes de pensamiento y acción política han permanecido tajantemente separadas, cuando no abiertamente enfrentadas. No será hasta la segunda gran industrialización del área —a partir de 1960— cuando socialismo y nacionalismo vasco se fusionen en el surgimiento de movimientos de carácter bastante diferente a los tradicionales.